

7. Conflicto de la Mente

(*Valentín*)

Mi vida amorosa ha sido siempre una historia llena de suspiros y desgracias. Soy muy consciente de cómo me veo, porque de cierta forma me he obsesionado mucho con el reflejo que me regresa la mirada a través del espejo. Me he obsesionado años buscando ver el hombre que quiero ser. Me gusta ser ese que atrae las miradas, saber que me están observando, ya sea con envidia o con deseo. Levantarme en la madrugada para trotar un poco, hacer algunos ejercicios y regresar bañado en sudor para poder ver y sentir ese calor de mi cuerpo irradiar de mí hasta empañar también mi reflejo. Ver esas gotas caer y recorrer mi cuerpo como ríos, mientras el agua fría me hace estremecer un poco y me refresca la mente.

Mi primera novia fue a los 15 años, poco después de que Violeta insistiera en que debía continuar en la secundaria al menos. De alguna forma Violeta había logrado que me aceptaran con uniforme varonil. Por lo que era bastante fácil mentir y decir que el horrendo nombre de nena que llevaba en mi credencial de estudiante era una cosa de mis padres y sus "*orígenes italianos*". No me fue difícil, como siempre, adaptarme a mis compañeros e integrarme con los chicos y cuando menos me di cuenta, un día luego de un entrenamiento de fútbol, encontré una carta entre las hojas de mi cuaderno de matemáticas; dentro de un sobre hecho a mano con papel rosado, escrito en una hoja amarilla con olor a vainilla. En una caligrafía

perfecta, con el título y los bordes decorados con cursis adornos hechos con marcadores de colores.

“*Querido Valentin*” Recitaba aquella carta escrita en verso:

*“En el aula, donde las risas se entrelazan,
donde tus ojos brillan como estrellas lejanas,
te confieso mi secreto, mi dulce encanto,
mi corazón late más rápido, como un canto.
Eres el viento que agita mi cabello,
el sol que derrite la nieve de mi invierno.
Tus risas son notas en una partitura,
y tus abrazos, refugios de ternura.
Así que aquí estoy, con letras temblorosas,
confesándome mi amor en este verso.
Eres mi chico misterioso, mi valiente,
y en mi corazón, siempre serás mi universo.
Con cariño,
La chica que te mira en silencio.”*

Me llené de confusión en ese primer momento, yo le gustaba a alguien... ¡Yo le gustaba a una chica! Yo me sentía extraño con mi aspecto, pero a alguien le parecía lo suficiente atractivo como para dedicarme palabras tan ridículamente cursis que en ese entonces me parecían encantadoras.

Giré rápidamente la vista en todas direcciones, hasta notar, detrás de una de las ventanas al fondo del salón como una chiquilla se ocultaba nerviosa justo al cruzar nuestras miradas. Aun con el cuerpo caliente por el ejercicio me apresuré a salir del aula entre empujones a mis compañeros hasta dar la vuelta al edificio de salones y encontrarla ahí, figoneando aun con cara de perdida por no encontrarme en su camino. Parecía incluso que algunos de mis compañeros ya se habían percatado de su presencia y al no encontrarme ella, se había un poco olvidado de ser cuidadosa de no

ser vista. La observé un momento con su pequeño moño azul en su liso cabello que le llegaba al hombro, recargada en los muros de ladrillos con expresión de confusión.

Esperé para ver si volteaba a sus espaldas, pero no lo hizo. Así que me acerqué como un coyote silencioso y la tomé con fuerza de los hombros. Pude sentir como se estremeció y le flaquearon las piernas, por lo que tuve que sostenerla más fuerte para que no se cayera.

—¡AAAAAhhhh! —chilló ella mientras se giraba hacia mí, y al verme sus ojos se abrieron grandes como platos.

—¿Tú escribiste esto? —pregunté mostrando la carta con una mano mientras aun la sostenía con la otra, pues sentía sus intenciones de escapar corriendo.

—S-sí. —respondió al borde de las lágrimas del susto.

—¿Qui... quisieras ser mi novia?

—¿Eh?

Y el resto es historia... supongo que lo que menos se esperaba aquella niña era que la enfrentara tan rápido, o que le propusiera eso sin siquiera conocernos. Pero la verdad es que estaba tan desesperado por sentirme validado que no dudé en aferrarme a cualquier cosa que me diera un poco de lo que yo quería. Ese día tuve mi primera novia. No puedo decir que fue una relación perfecta, porque seguramente ninguna relación de secundaria lo es. Pero entre besitos en las mejillas, tomarnos de las manos al final de las clases o mantener nuestros dedos entrelazados mientras comíamos en el almuerzo fue quizá la cosa que más agradezco de mis tiempos escolares.

Luego de la secundaria nos distanciamos, por que fuimos a escuelas diferentes, decidimos terminar y al menos prometernos ser amigos. Nunca tuve el valor en

su momento de decirle que no era un chico como el resto... y bueno, preferí seguir así también en preparatoria. Era un tema algo nuevo para todo el mundo, pero con bastante persuasión y lo que yo supongo una generosa “donación” de parte mi madrina, la preparatoria me acogió también con el uniforme típico de los varones.

Fue quizá la etapa más complicada de mi vida. Mientras otros chicos crecían físicamente y sus voces se volvían más graves, yo destacaba por ser muy delgado y con voz añorada. Fue de las primeras veces que Violeta habló conmigo seriamente sobre lo que quería para mi, de lo que veía en el espejo y lo que quería para mi futuro.

Le dije tantas cosas... tantas lágrimas y escalofríos pasaron por mi cuerpo al contarle lo diferente que me sentía de los demás chicos, lo lejano que me sentía de las demás chicas, que solo quería llegar a ser la mitad del hombre que mi papá fue para ser feliz. Ser más fuerte para soportar todo esto que sentía me derrumbaría. Quería verme yo mismo como con esos ojos que me veía mi novia de secundaria.

Esas mismas palabras las repetí un sin número de veces a diferentes doctores y doctoras. Me llenaron de preguntas sobre mis padres, sobre la gente que frecuentaba, si sentía que Violeta me obligaba a sentir todo esto o fingir que quería esto. Me llenaban la cabeza de más dudas mientras decían estar verificandome. Me sentía un virus analizado por el microscopio, atacado por cuestionamientos y discursos que querían exterminarme. Por meses me sentí como un despojo infeliz. Sonriendo unas pocas veces mientras Violeta estaba ahí conmigo, luchando ella por su parte por no dejarme caer.

—¿Por qué haces todo esto por mi? No soy tu hijo, no me debes nada.

Le cuestioné alguna vez mientras esperábamos en la sala de un psiquiátrico más que había impuesto el estado como requisito para mi cambio de nombre y algunos tratamientos supresores de la pubertad.

—Es cierto que no somos familia sanguínea. Pero eres lo más cercano a un hijo que tendré nunca, Valentín.

—pronunció ella en su perfecto español pausado.

—Una mierda de hijo. Roto, que no sabe quién es.

—Nadie sabemos quien somos en la adolescencia, querido. No te lo tomes tan enserio. Tú lo tienes mas difícil por que tu cuerpo no se adapta a lo que quieres, pero cambiaremos eso, ya lo verás.

—Y ¿si ellos tienen razón? ¿Si me arrepiento y lo que decido está mal?

—Pues cambiaremos de sentido otra vez.

—¿Y si...

—Y otra vez y otra vez... pero yo seguiré contigo todas y cada una de ellas. Estaré ahí.

La abracé tan fuerte como pude, en ese momento, aunque todo dentro de mí eran tornados caóticos, su calma se sobrepuso a mi tormenta y pudimos superar aquello, juntos.

Después de algunos malos años en la preparatoria y esperar que la adolescencia pasara, finalmente llegó la hora de las elecciones importantes... Elegir si seguir estudiando o trabajar, elegir si iniciar algún tratamiento que me permitiera ser el hombre que quería ser o no... elegir si ser feliz o dejar que la sociedad dictara y decidiera por mi.

No sé si mi padre hubiese querido que siguiera estudiando y quizá tener un trabajo mejor... o un futuro diferente. Pero no me puedo quejar de mis

decisiones. Al cumplir los 18 un abogado llegó a mi puerta, con una carta de mi padre diciéndome que también estaría ahí para mí en cualquier cosa que decidiera.

Bueno, no fue tanto así... supongo que como todo el mundo, papá nunca estuvo realmente listo ni preparado para pensar que pudiera irse, así que a lo mucho, había una porcentaje de su jubilación que no se podía tocar hasta yo cumplir la mayoría de edad. Era suficiente para dedicarme a mis estudios... o en su defecto, hacer con ellos lo que yo quisiera. Y decidí invertirlos en expandir la pequeña ferretera de Violeta, y mi pequeño proyecto secreto del Gimnasio, que esperaba pronto tener operativo.

No podía decir que eran malas decisiones. Me iba bien, aunque el estar haciendo todo yo solo ya empezaba a ser algo pesado y cobraba factura a mi energía y mi ánimo. Por no decir que los viajes al la ciudad de México para continuar mis tratamientos hormonales ahora que era legalmente un adulto y cerrar la ferretería o dejarla en manos de Violeta era algo que no me podía permitir muy seguido.

Así que finalmente tuve que poner un aviso fuera de que solicitaba más manos. La primer persona que atendió al llamado fue ella; la recuerdo entrar con su sonrisa, sus ojos grises, su cabello largo negro que caía por su espada y resaltaba ese suéter holgado, junto a sus caderas en aquel short de mezclilla.

—Escuché que estás contratando. —dijo con una voz tan segura que no recordaba de hace años.

—Sí claro. ¿Tienes experiencia de cajera o en artículos de ferretera?

—No mucha, para ser sincera. Pero aprendo rápido.

—Claro, estarás a prueba un tiempo, pero el puesto es tuyo.

—Gracias. Me alegra trabajar contigo, Valentín.

—Igual, Esmeralda —respondí pronunciando de nuevo el nombre de quien había sido mi primer novia en todo el mundo.

Sí. Yo a veces también me cuestiono por qué no volvimos. La cosa era sinceramente muy complicada y no crean que no me pasó por la cabeza un par de veces. Pero la cosa es que ella ya tenía una pareja estable, otra chica... y no, no una masculina cómo se podrían estar imaginando. De hecho, ella era la más “masculina” de ambas. ¡Sorpresa sorpresa!

Bueno, cosas que pasan en las ciudades pequeñas en las que se asume que todo el mundo encaja con los gustos y la sexualidad tradicional. Terminas descubriendo, cuando eres un ser tan notorio como un chico trans, que mucha gente a tu alrededor también es parte, de una u otra forma de la infinita diversidad.

La única cosa que quizá me molestó un poco (y aún lo hace) es que muchas veces suelo ser el epicentro de quienes quieren “explorar” esa sexualidad que les reprime la sociedad. Como si yo fuera una especie de *TEST* ambulante de que tan “hombre” o “mujer” eres según lo que te atraiga. Incluso Esmeralda, en alguna ocasión, me confesó que durante casi toda nuestra relación de secundaria no supo que yo era un chico trans. En algún punto lo descubrió, cuando alguien más se lo dijo y claro, desde entonces ella puso mucha más atención en mí para comprobar si aquello era cierto...

Por un momento me pareció enfermizo imaginar en ese momento a una adolescente comprobar si su novio era realmente un chico o no. Como una escena

retorcida de *Ranma 1/2* o algo parecido. No recordaba para nada, que ella estuviese rara o actuara de alguna forma extraña conmigo. Al contrario, parece que algún fin de semana, cuando lo supo y luego de haberlo comprobado, estuvo debatiéndose internamente si terminar conmigo o solo seguir adelante con nuestra relación.

—Era una niña inmadura. En mi mente no había más que blanco y negro... Si tu no eras un chico como los demás entonces eras una chica... y si eras una chica y me gustabas, entonces me gustaban las chicas. Mi mente colapsó por un par de días. Mientras mi interior se sentía sucio, pecaminoso y horrendo. Ya sabes, todo lo que te meten los adultos en la cabeza. Hasta que finalmente, antes de llegar al lunes, mi mente lo aceptó. Que me gustaban las chicas y que me gustabas tu.

—Pero yo nunca fui una chica —respondí con sequedad al escuchar sus palabras con el puño cerrado.

—Sí, lo sé ahora. Yo estaba mal, pero esa lógica en ese entonces me hizo aceptarme quien soy ahora. Te lo debo.

—No me debes nada.

Creo entendió mi disgusto silencioso y no volvió a tocar el tema. Esmeralda, era una de tantas parejas que terminaba “descubriendo” algo de sí mismos luego de estar conmigo. Más chicos, más chicas, relaciones de semanas, relaciones de meses... todos, todas... terminaban igual.

Me estaba cansando de esto, me estaba cansando de esperar ser algo para alguien. De esperar que me amaran o me quisieran más allá de lo que tuviera (o no entre mis piernas).

—Esme, ¿Qué se lleva de regalo a un *Babyshower*?

—Ohh, ¿entonces si irás? Pensé que no.

—Bueno, es la primera vez que me invitan a uno. No quiero sea la última tampoco...

—No te pierdes de nada interesante, son un montón de viejas chismorreando y jugando la lotería —contestó Samuel, el segundo empleado de la ferretería, que había contratado ya hace unos meses por necesidad para cuando me alejaba más tiempo por los tratamientos y Esmeralda ocupaba algo de apoyo físico.

Sam era un joven robusto, que a veces pecaba de ser desagradable e idiota. Si no fuera porque hacía bien su trabajo y no me quedaba mal en eso, ya lo hubiese despedido. Sospechaba que él sabía eso, porque no solíamos intercambiar muchas palabras, salvo las estrictamente necesarias y cuando lo hacíamos, yo solía terminar la conversación para evitar hablar más tiempo con él. Esme era un poco la mediadora cuando las cosas se ponían tensas entre nosotros.

—¿Has ido a muchos, Sam? —pregunté con un deje de sarcasmo y sorpresa mezclados.

—Da igual. Te escuché decir que sería este fin de semana, ¿no es cierto?

—Sí, ¿qué hay con eso? —le respondí secamente.

—Pues... La cosa es que Sam programó sus vacaciones a partir del viernes. —contestó Esmeralda revisando de reojo el calendario en la pared de la oficina a unos pasos de su lugar.

—Imposible, Sam, no podemos dejar a Esmeralda sola en fin de semana.

—Yo programé mis vacaciones con tiempo, así que tú eres quien la dejas sola...

No sé si fue el tono con el que dijo aquello, mirándome con un aire de superioridad o de alarde contenido. Incluso puede ser que me haya levantado del lado incorrecto de la cama o el hecho de que faltaba poco

para las fechas en las que tendría que volver por mi tratamiento y los estrógenos estaban regresando a mi organismo de una forma agresiva, pero en aquel momento solo pude sentir la sangre hirviendo en las venas mientras me levantaba de mi asiento y me le ponía enfrente a Sam con toda mi ira rechinando mis dientes.

—Retrasarás tus vacaciones un par de días, Sam.

—Eso no va a pasar, Jefe. No voy a cambiar mis planes por nadie.

Parece que notó mis intenciones de provocarlo y mientras yo sentía la adrenalina y la ira fluyendo por mi piel, él solo sonrió divertido mirándome de pies a cabeza.

—¿Por qué no va a pasar, Sam?

—Tranquilo Jefe —dijo tocándome el hombro y apretándolo —¿Es que está en sus días?

Aquella fue la gota que derramó el vaso. Me le abalancé con un empujón y fue como intentar querer mover una lavadora antigua y pesada, apenas se tambaleó mientras su rostro se retorció con desprecio y me tomó con uno de sus gordos brazos para luego golpearme en el estómago con el otro.

—¡Ya valiste maldito trabuco maricón! —escupió aquello con tanto asco que no tuve duda de que se lo había estado guardando todo este tiempo.

Forcejeé con él mientras me sostenía, escuché el grito agudo de Esmeralda penetrar en mis oídos al mismo tiempo que recibí un par de golpes más. La ira y la adrenalina me mantuvieron consciente mientras recibí un par de golpes en la cabeza. Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío y me concentré en buscar mi punto de equilibrio y de paso, encontrar el suyo para desestabilizarlo.

Él me tomó del cabello, intentando someterme, pero retorciendome hacia él me escabullí entre sus brazos y terminé debajo de su cuerpo, tan pronto sentí como su equilibrio flaqueó al notar que me escapaba de su agarre, hice palanca con mis pies entre los suyos para hacer que resbalara de bruces contra el duro suelo. Su propio peso jugó en su contra y se escuchó como un bulto de cemento cayendo desde un segundo piso. Sus labios sangrantes, una vez que se levantó, aún con furia, era todo lo que necesitaba ver para sentir que las cosas empezaban a voltearse.

Apenas iba a acertarle un golpe en la cara cuando sentí los brazos de Esmeralda y otra mujer contenerme y hacerme retroceder. Sam por su parte era contenido por un par de hombres, que reconocí como mis vecinos y que no tardaron en retenerlo a pesar de que seguía gritando cosas que me parecieron más como ladridos de un perro rabioso que palabras.

Quince minutos más tarde, un par de patrullas llegaron a la ferretera, tomaron declaraciones y estuvieron a punto de llevarnos a todos a la comisaría de no ser porque Violeta apareció también y logró convencer a los oficiales de solo hacernos firmar algunos papeles y citatorios.

Terminamos cerrando temprano. Tendríamos que cerrar un par de días en lo que resolvíamos esto en la comisaría y legalmente luego de que Esmeralda me dijera que Samuel pretendía una demanda por lo ocurrido.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Violeta con una mano comprensiva en mi rostro que empezaba a sentirse caliente e hinchado.

—Supongo que lo que iba a pasar tarde o temprano. Ese idiota me colmó la paciencia y nos dimos de madrazos.

—Siento no haber sido de más ayuda, debí detenerlos, yo solo... —pronunció Esmeralda a punto de las lágrimas.

—No querida, no ha sido tu culpa. Esto es cosa de dos hombres impulsivos...

Violeta se llevó a Esme aún llorando, mientras yo terminaba de acomodar algunos papeles y descargaba la copia de la grabación de las cámaras de seguridad de hoy.

En eso, mi celular vibró sobre el escritorio, era un mensaje con una respuesta que parecía tenía meses esperando, pero solo había tomado un par de horas; “Valentin, hola. Tampoco he ido nunca a uno de esos *BabyShowers*. Sí te acompaño. ¿A qué hora?”

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.